

# EL MUCHACHO Y SUS RELACIONES CON EL OTRO SEXO

(PROBLEMA CENTRADO EN LA CLASE SOCIAL ACOMODADA)

Si en Pedagogía cupiera también la nota irónica y nos entretuviéramos alguna vez en señalar lo que llamaríamos «paradojas pedagógicas», no nos sería difícil dar con una, muy significativa por cierto: y es que hay en la educación del muchacho unos cuantos problemas suyos que los que debemos educarle rara vez queremos plantearnos y solventar eficazmente.

Y no precisamente porque sean los menos trascendentes. Pensamos, por ejemplo, en el problema sexual del muchacho: ¿no se diría a veces que no existe, a juzgar por el modo cómo se comportan ante él tantos padres y educadores? Y, sin embargo, ahí está el problema, y ahí queda el muchacho abandonado a sí mismo y a sus circunstancias, mientras sus formadores se inhiben so pretexto quizá de delicadeza o pudor. Es cierto que en esta materia suele flotar entre educador y educando un halo que impide la transparencia de comunicación entre ambos: bien estará cuando la naturaleza lo ha puesto, pero quisiéramos que fuera sólo un halo de prudencia y discreción, y nunca de incomprensión, abandono e incompetencia.

Cuanto decimos vale para todos los aspectos del problema sexual del chico, y, por tanto, también para su vertiente afectiva. Llega un día en que el jovencito empieza a interesarse por el otro sexo, a entablar contacto con él. Sus formadores parecen a veces no darse cuenta, cuando lo que deberían hacer es valorar la necesidad y, por tanto, la normalidad de estos hechos. Y admitir que no pueden excluirse del plan educativo, porque tampoco pueden excluirse del plan evolutivo del chico. No son algo indeseable que irrumpe en un momento inoportuno, sino una manifestación natural de un instinto que madura al desarrollarse la persona.

Este nuevo interés del muchacho acabará por dar lugar a unas relaciones explícitas entre él y sus amigas. Queda así abierto un nuevo capítulo en su educación. Un capítulo que puede ser prometedor y lleno de carga positiva como cualquier otro. Y también un capítulo que llena de responsabilidades al educador: en las relaciones del chico con las chicas debe intervenir la acción educativa para orientarlas, vigilarlas y corregir-

las, a fin de que tomen un carácter conveniente y queden salvados los posibles riesgos con que es prudente contar.

#### SENTIDO Y OBJETO DE ESTE ESTUDIO.

Sin embargo, lo que nos proponemos en el siguiente trabajo no es precisamente escribir el citado capítulo. No pretendemos establecer una pedagogía ni menos una ética de las relaciones del muchacho con las chicas. Lo que haremos es sólo un estudio empírico, descriptivo a las veces: hemos explorado el problema en un ambiente particular, el de las clases acomodadas, y vamos a presentar la forma y características con que tiene lugar en este caso concreto.

Claro está que rara vez podremos limitarnos a yuxtaponer datos y constatar realidades. Si queremos tratar el problema como se requiere, y no dejarlo sólo planteado, hemos de examinar sus cuestiones a la luz de unos principios educativos y morales que les den sentido. Pero cuando los invoquemos, entiéndase bien que nos referimos a ellos como principio, y no que pretendamos deducirlos como consecuencia de los datos que exponemos; para esto nuestra investigación carecería de suficiente base empírica.

Con todo, los hechos aparecerán con frecuencia en fuerte relación con el principio, y es por eso que toda la problemática en general de las relaciones del muchacho con las muchachas se puede entrever y encauzar a través de nuestro estudio, por particular que sea su objeto: explorar y presentar la realidad del problema en el ambiente de familias ricas ciudadanas.

Este ambiente, al que pertenece un sector nada despreciable de la población escolar española, presenta unas notas singulares en su estilo de vida y costumbres sociales. Por eso presenta también problemas educativos específicos. Y uno de ellos es el que nos disponemos a abordar; precisamente en los muchachos ricos suele revestir una importancia mucho mayor que en los de otros medios. Las relaciones con el otro sexo acostumbra darse en los chicos ricos con anticipación, con más abundancia e intensidad, y con mayor refinamiento que en otros que no lo son.

Es por eso que en un conjunto no demasiado numeroso de sujetos creemos haber hallado datos suficientes para poder estudiar la cantidad y la cualidad de su trato con las chicas, así como su actitud psicológica y moral, y la de sus padres, frente a este hecho.

Este estudio lo hemos hecho por medio de una encuesta, de cuyas respuestas procede todo el material que presentamos elaborado sistemáticamente. Nos han sido proporcionadas por 133 jovencitos pertenecientes a un colegio de Barcelona para hijos de familias de posición. Se han obtenido al cursar 50 de ellos el tercer año de bachillerato, y los otros 83 al cuarto año. Nos ceñimos, por tanto, a tratar el problema en las edades que esto representa, es decir, al *principio de la adolescencia*.

Antes de exponer los resultados digamos una palabra sobre nuestro *método*. Toda encuesta se presta a establecer una estadística; a menudo

lo haremos aquí para aprovechar sus enseñanzas reveladoras. Mas al apoyarnos en un número más bien reducido de sujetos daremos también acogida, y hasta con preferencia, a otra dirección metódica: la del «caso típico», como suele llamársele.

Se basa en que un hecho o una respuesta determinada, si son característicos, nos hablan con tanta elocuencia sobre un estado de cosas como puede hacerlo el mejor dato estadístico. Y hasta con ventaja, pues a la abstracción fría y esquematizada que nos da el número, opone hechos concretos sorprendidos en la realidad viva. Siempre que nos sea posible, pues, dejaremos hablar a los muchachos mismos, convencidos de que la espontaneidad de su testimonio, de su dato inmediato y auténtico, será la máxima garantía de poder conocer más exactamente su problema.

#### I.—EL HECHO DE ESAS RELACIONES.

Vamos a dedicarles nuestra atención sólo desde el momento en que el niño empieza a tratar a la niña en cuanto niña. Un día u otro esto tiene lugar, como le pasó a este chico de trece años, que comenzó a relacionarse con chicas, dice, «a los siete años sin distinguir y pareciéndome compañeros. Sólo hace, sin embargo, uno o dos años que me di cabal cuenta de que no eran amigos».

Eso mismo han de experimentar, tarde o temprano, todos los chicos, y así cuando uno de quince años nos confiesa: «Con toda franqueza le diré que no sé si son los años o yo soy un tipo raro, pero yo siento inclinación por las chicas de mi edad», hemos de pensar que no es un «tipo raro», sino un chico muy normal. El interés por las muchachas es algo que se despierta de un modo espontáneo: las relaciones con ellas, dice ingenuamente otro, «no las busco, pero me gustan, porque..., porque me gustan (no sé cómo explicarlo)» (quince años).

#### EDAD EN QUE COMIENZAN.

Es en la adolescencia que se da este fenómeno, de modo que en años anteriores no es natural: «Por ahora no aguanto ni a mi hermana», dice un niño de doce años; y añade otro de trece: «A mi edad las chicas me importan un pito.» Por eso las relaciones con ellas en un plan intencionado es lógico que no deban darse a esa edad. De hecho, el 19,5 por 100 de los sujetos por nosotros consultados están en este caso.

Pero notemos que son sólo una minoría, mientras que todos los demás ya tratan más o menos con chicas. El contacto empezó antes de los diez años para un 12,6 por 100, entre los once y doce años para un 42,8 por 100, y entre los trece y catorce para un 33,6 por 100. Observando que para la mitad de los niños ricos es entre los doce y trece años que empiezan a relacionarse con chicas, hemos de concluir que lo hacen *prematuramente*. Y en consonancia con esto constatamos también el hecho de que

entre ellos es *muy crecido el número* de chicos que tienen estas relaciones (80,4 por 100), superior, desde luego, al de los casos similares en otras capas sociales (1).

#### EN QUÉ OCASIONES SE DAN.

Otro carácter notable y específico de las relaciones del muchacho rico con las chicas es que están promovidas y favorecidas por las costumbres de su ambiente social, por el tipo de vida que suelen llevar esos chicos; precisamente aquí radica la causa de que sean prematuras y frecuentes, pues por una serie de circunstancias el niño rico se ve como constreñido a establecerlas (2). Examinemos este punto con alguna detención.

Por empezar diremos que para el 48,9 por 100 de esos muchachos la gran ocasión de entablar relación con chicas se la proporciona el *veraneo*. No olvidemos que gozan durante el mismo de una libertad omnímoda y del disfrute de todas las horas del día, sin suficientes aficiones u ocupaciones en que emplearlas; esto, unido a un caso igual en las chicas, a la tolerancia de los padres y a la ideología de su ambiente, hace que varios jovencitos se traten con ellas «en vacaciones diariamente»; son muchos los que pueden hablar así: Las trato «durante algún domingo del año mientras estoy en el colegio; y en el verano cada día» (catorce años).

La vida indolente que la estación veraniega depara a estos muchachos tiene serios inconvenientes: por ella llegan a formas de conducta que de otro modo no existirían. El ir con chicas, por ejemplo, representa un modo fácil y sugestivo de ocupar la mañana o la tarde, como le ha ocurrido a este chico de catorce años: en vacaciones «algunas tardes perdidas íbamos a casa de algún chico y bailábamos». Las circunstancias que sirven de ocasión a que ellos y ellas entren en relación se distribuyen según estos porcentajes:

- 37,4 por 100 en fiestas y reuniones.
- 24,0 por 100 en excursiones y paseos.
- 19,9 por 100 en juegos, cine, club, playas y piscinas.
- 15,0 por 100 en los bailes.
- 2,8 por 100 al salir del colegio.

Casi siempre los contactos se tienen en forma de «pandilla». Y es con ello que se da pie a la formación de esos grupitos mixtos, coquetones

(1) Según una encuesta reciente, el trato con chicas se da sólo en un 61,5 por 100 para los muchachos en general de Cataluña, y en un 50 por 100 (término medio aproximado) para los de toda España. Cf. INIESTA, C. V., Enrique, *Influencia positiva de las amistades en la obra educativa*, Educadores, 7 (1960), p. 273, Madrid.

(2) Esta observación está en consonancia con la del doctor VALLEJO NAJERA: «Las relaciones sexuales entre la juventud moderna son demasiado prematuras, adelantando el desarrollo de la sexualidad más las influencias ambientales que las hormonales». *Niños y jóvenes anormales*, Madrid, Sociedad de Educación Atenas, S. A., p. 240, 1941.

y desaprensivos, de conversación insulsa y «argot» ridículo, que son, tal vez, lo más insípido que se observa en algunos ambientes adinerados de veraneo. Esas «collas» de chicos y chicas de doce a catorce años suelen rayar en la cursilería por sus cumplidos y presentaciones, por sus juegos y diversiones, que a menudo no sobrepasan el nivel de algunas «tomatadas, chocolatadas, tortilladas y melonadas» (3). A poco más que eso se reducen todas las experiencias que la estación veraniega suele deparrar a un buen sector de chicos ricos.

Otra forma que suelen tener de relacionarse con chicas la constituyen las «fiestas» (especie de guateques) que dan en casa de alguno o alguna de ellos, y a menudo por turno, los componentes de alguna «colla» (que se reúnen muchos días en el pueblo de veraneo y, en invierno, algunos domingos en la ciudad). Los padres (las madres), que a menudo son los promotores, ya proveen largamente para gastos de bar y para cumplidos; la animación y el alboroto corren a cargo de nuestros jovencitos. El baile es el plato fuerte, si bien priva igualmente la conversación de más o menos buen gusto, con las bromas y juegos. Se respira un ambiente artificial, galante y afeminado, capaz de hacer de los muchachos unos perfectos figurines; a veces se pasa de la raya, y entonces puede hablarse de «fábricas de gamberros», como ha dicho alguien.

De nuestros muchachos, hay el 54,1 por 100 que asisten normalmente a dichas reuniones. Ciertamente que pudieran ser éstas la ocasión de unas correctas relaciones entre muchachos de ambos sexos; pero cuánto más provechosas serían a pleno aire, e inspiradas en una pura y simple amistad (4), y no en esta serie de formas rebuscadas. Nada tiene, pues, de extraño que, al compulsar la serena opinión de los muchachos mismos, constatemos que no a todos satisfacen las aludidas fiestas; pues al lado de un 39,8 por 100 que las encuentran divertidas, hay muchos otros que las consideran desplazadas o simplemente «sosas, tontas, ridículas» (5).

Lo mismo hemos de decir del baile, que constituye uno de los ele-

(3) En esto distrae muchas de sus tardes veraniegas L. (trece años), según él mismo escribe. Poseemos el Diario que hizo de sus vacaciones, pasadas en la Costa Brava (1957). Constituye todo él un documento muy interesante para corroborar cuanto venimos diciendo. Sólo a título de ilustración veamos, por ejemplo, lo que se consigna en el día 15 de septiembre (Cf. en QUINTANA CABANAS, JOSÉ MARÍA, *Algunos problemas de la educación ética y social del niño rico*, Barcelona, 1958, Inéd., página 348): «Mi Santo. G. se marchó a Barcelona; quedamos con el grupo en la playa; a las seis fuimos a casa de Araceli a buscar a Monse C. Luego a casa de Tati. A las ocho horas fuimos a Baños; cayó un granizado encima de Margarita; se aplastaron los churros de Monse. Y luego le compramos más. Monse no quiso bailar.» No menos gráfica resulta alguna carta que escribió el verano siguiente (12-IX-1958): «El domingo por la mañana hicimos una guerra de tomates los vikingos (que son los que las chicas les han dado calabazas) contra los no vikingos (yo era de éstos). Por la tarde nos fuimos a casa de una chica a bailar, y por la noche nos marchamos casi todos a Barcelona a despedir a una chica venezolana que se iba a su patria.» *Ibid.*, p. 350.

(4) De este tipo son, por ejemplo, las que figuran en el libro primero (p. 65, entre otras) de la novela de TORCUATO LUCA DE TENA, *Edad prohibida*, 6.<sup>a</sup> ed., Barcelona, Ed. Planeta, 1959. O las amistosas relaciones de ambiente escolar entre los chicos y chicas que aparecen en el «film» italiano, «Inolvidable amistad»; en el trato que se tienen, especialmente Mario Camurati y Margarita, pueden observarse las reacciones más naturales y más conformes con la psicología de la edad: el día de su cumpleaños Margarita da en su casa una fiesta, que resulta animada y graciosa, pese a que, por supuesto, sea sin baile.

(5) «En estas reuniones yo me convierto en ostra, por lo del aburrimiento» (doce años). «Opino que están bien; pero al final te dan la lata» (trece años). «Al salir noto un vacío, un descontento, un no sé qué» (trece años).

mentos clave en las relaciones que nos ocupan. Son el 40,5 por 100 de los sujetos a quienes hemos interrogado, que declaran haberse dado ya resueltamente a esta diversión (6); de los restantes, la mayoría han bailado un poco. Al final de este estudio veremos la trascendencia ética de este punto. Ahora sólo insistimos en que son bastantes los chicos que confirman con su buen sentido nuestra opinión de que el baile no es todavía una afición para su edad (7).

## II.—ACTITUD DEL MUCHACHO RESPECTO A LAS CHICAS.

Desde el punto de vista educativo, no interesa tanto el hecho de las relaciones que estudiamos cuanto la postura que en ellas toma el muchacho: sus móviles, su interés, su intención, su ideología; de eso, y de que correspondan o no con las necesidades síquicas del chico en este momento, dependen principalmente las consecuencias que para él representarán dichas relaciones.

El *niño*, por de pronto, no las necesita, las rehuye; pienso «que no son para esta edad y muchas veces son algo aburridas» (trece años); de las chicas no pienso «nada, me tienen sin cuidado; me importa un pepino lo que hagan» quince años) (8).

En el mejor de los casos, admitirá su trato y juego considerando a la chica como «una compañera de juego, igual que un compañero, para hablar, para pasar el rato». Así se expresan el 29,3 por 100 de nuestros chicos, afirmando que una chica no ha de representar «nada» en su vida (aunque luego bastantes de ellos no obren en conformidad con esta idea).

### SE DESPIERTA EL INTERÉS.

El verdadero interés por las chicas y un trato intencionado con ellas es propio de la adolescencia. En la *preadolescencia*, en la que se encuentran casi todos nuestros sujetos, este interés debe estar sólo despertándose. Hasta aquí hubo una repulsión por el otro sexo; ahora empieza una preocupación, a menudo frenada por la timidez: No trato con chicas «nunca, porque cuando veo una me pongo rojo y me sube el color hacia arriba; se me doblan las piernas y salgo corriendo» (catorce años).

Este interés tiene en este momento una curiosa forma de manifestarse: se ocupa uno de las chicas, pero indirectamente, tratándolas con

(6) Véase lo que escribe M. V. (catorce años) a un amigo, desde un internado de verano, en el extranjero (12-VIII-1958): «Pasamos las negras para entendernos con unas chicas alemanas que sabían un poco de francés, pero bailamos toda la noche hasta las dos, que vinieron los profesores a buscarnos (ellos se quedaron hasta las cuatro).»

(7) «Uno no se divierte, pues esto de estar agarrados debe ser un aburrimiento tremendo» (catorce años). «He bailado bastante. Como diversión para mi edad lo encuentro estúpido» (catorce años). «Yo creo que debe ser una cosa tan divertida como pegarse un tiro» (trece años).

(8) WALLENSTEIN, A., *La educación del niño y del adolescente*, Barcelona, Herder 1957, p. 259 s.

cierta *brusquedad*. Como dice el doctor MORAGAS, «el muchacho rehuye al otro sexo, aunque hable de él; lo trata con violenta grosería, aunque intente aprovecharse de sus gracias» (9).

Este fenómeno típico está ampliamente confirmado por los testimonios de nuestros chicos, en particular los de catorce y quince años; pues cuando nos manifiestan lo que piensan de las chicas, las califican no pocas veces de «tontas, patosas, idiotas». Para un chico de quince años «no hay quien las entienda (raras)», y para otro de catorce «tienen inteligencia de un chico de cinco años».

Con esta incompreensión por el otro sexo se compagina muy bien el trato desconsiderado que decíamos.

#### EL MUCHACHO OPINA SOBRE LAS CHICAS.

El caso es que el chico se ha ido fijando en las muchachas: tratar con ellas «me gusta para hablar con un sexo opuesto al mío y ver lo que piensan. Necesito ver chicas, pero no ir con ellas» (quince años). Como es natural, está en primer plano la observación del modo de ser de la chica; será curioso que dejemos expresar a estos muchachos cómo la ven, en una serie de citas cuya fresca autenticidad es maravillosa, aun cuando—se comprende—critiquen acerbamente un modo de ser que encuentran tan distinto al suyo.

Abramos la serie con esta tentativa de sistematización de la sicología de las chicas, que hace un chico de catorce años: «Hay varios tipos: 1.º Las tontas y cursis. 2.º Las que practican los amorios. 3.º Las pedantes y atrevidas. 4.º Las humildes y delicadas.»

El principal defecto que les achacan algunos muchachos es el de ser «presumidas, coquetonas»: «Las chicas son unas enamoradas de sí mismas y con muchas pretensiones» (quince años). Sin embargo, es curioso ver cómo la fina sensibilidad del niño rico juzga, ya en esta temprana edad, de esa coquetería: «Sólo piensan en gastar dinero pintándose para que sean más guapas, y yo pienso que todas éstas me importan un pito; sólo las que son naturales, sin pintarse» (catorce años). «No me gustan las que son masculinas y las que van detrás de chicos. En cambio, las que hacen su vida sí me interesan» (trece años) (10).

Mas no todo han de ser censuras. Ni se crea que las anteriores suponen siempre desaprensión o disgusto hacia las chicas. Más bien al contrario: esta crítica, ya lo hemos dicho, es una forma de interés. Pero también existe otra forma, más directa, que es la valoración positiva de las gracias del otro sexo, en la cual nuestros muchachos tampoco quedan cortos. Para muchos las chicas «son muy simpáticas, guapas, una monada». Son «las Venus del Nilo (*sic*) con brazos» (dieciséis años); «una de

(9) MORAGAS, J. DE, *Psicología del niño y del adolescente*. Barcelona, Labor, S. A., 1957, p. 219. Cf. también *Idem.*, *Pedagogía familiar*, Barcelona, Ed. Lumen, 1953, página 211.

(10) Curiosa observación esta última, pues en la sociedad rica no es insólito el caso de la muchacha que hace menos honor a su feminidad. Cf. SÁINZ DE AMOR, C., *El complejo de Diana en la adolescencia barcelonesa*, en «Perspectivas Pedagógicas», 1, p. 30, 1958.

las cosas más maravillosas que Dios ha puesto en el mundo» (catorce años); «la otra media naranja de mi juventud» (dieciséis años).

Con todo, esta afición por ellas no les ciega, pues siguen achacándoles nuevos defectos: «Insoportables con sus caprichos, frescas», etc.; en una serie de pintorescas expresiones aluden en especial a su picardía y a que «son muy listas para esquivarle a uno» (trece años).

#### LAS RELACIONES SON BUSCADAS. POR QUÉ.

Realmente estos muchachos se muestran despiadados en su crítica. Pero no creamos que en su conducta van a mostrarse consecuentes con ella hasta el punto que ingenuamente podría esperarse. Pese a todo lo dicho, la afición a las chicas no decrece, sino que más bien se va estableciendo con ellas un contacto cada vez mayor.

Son muchos los imperativos que motivan este hecho. Algunos chicos señalan el de una conveniencia que ven en ello: «para acostumbrarme a su trato», «para empezar a tomar vistas para el futuro» (trece años). Otros será por relación de familias o de compañeros, o a modo de pasatiempo. Para bastantes son más bien de otro tipo—sentimentaloide principalmente—los móviles que les llevan al trato de las muchachas; el caso es que esos chicos han hecho ya de ellas una preocupación específica y además exagerada (11).

Las relaciones con las jovencitas no sólo son buscadas, sino a menudo también más o menos morbosamente gustadas. Podríamos aducir de ello muy significativos testimonios, aunque nos limitamos a los siguientes: El baile «es divertido porque puedes hablar con las chicas a solas y sin nadie que te escuche» (quince años); «si son simpáticas, pasas una velada fantástica; si son muy monas, no puedes dormir» (catorce años).

Y tal vez sea éste un momento oportuno para manifestar nuestra disconformidad con ese estado de cosas (12). Una alegre amistad, un poco de diversión, se admite; pero en nuestro caso se da realmente un exceso. La mayoría de niños ricos al llegar este momento sienten derrumbárseles las pocas aficiones que daban alguna ilusión a su vida, que ahora transcurrirá ya lánguida y estancada frente a esta «ventana estrecha» que se les ha abierto; cuando en realidad su preocupación más preferida y oportuna debiera ser un contacto viril con sus compañeros, el cultivo de la amistad y el gusto por el deporte. A cada edad lo suyo: ésta es la condición para que el desarrollo de un niño pueda llevarlo a una madurez perfecta. A sus trece y catorce años la vida ha de ofrecerle muchos más centros de interés que unas relaciones cursis con unas cuantas niñas bien.

Pero si con todo las busca y mantiene, es que para ello cuenta con

---

(11) Pero fijémonos en el carácter artificioso de esta preocupación, que es hija de las circunstancias en que viven esos chicos. En efecto. Son sólo el 18,8 por 100 de ellos que dicen sentir necesidad de relacionarse con chicas, frente al 47,3 por 100 que no la sienten en absoluto ni notan interés en que lleguen las ocasiones de hacerlo. A pesar de lo cual recordemos que son nada menos que un 80,4 por 100 los que acostumbran tener contacto con chicas. Se trata de un detalle revelador.

(12) Y no sólo la nuestra. Cf., por ejemplo, WALLENSTEIN, *o. c.*, p. 260 s.

sus *motivos*. Ya hemos visto que para nuestros muchachos son diversos, y pueden resumirse del siguiente modo:

El 20,4 por 100 de ellos tienen esas relaciones «para pasar el rato, pavonearme»; «para divertirme y hacer rabiar a sus pretendientes» (trece años).

El 12,9 por 100 entienden que las «necesitan» para su formación social: «para acostumbrarme a su trato, me relaciona, me quita la timidez».

Un grupito (19,4 por 100) ya empieza a sentir la necesidad de atender a su incipiente sentimentalismo: «Y ¿a quién no le interesan? Pero no es un apasionamiento. Me interesan porque... no lo sé, es una inclinación» (trece años). «Me atrae su belleza» (catorce años); «me gusta mucho la compañía de una jovencita por la que siento gran afecto» (doce años) (13).

Y nada digamos—porque ya lo diremos—del grupo mucho mayor (47,2 por 100) de los que han descubierto en las chicas, y ya tan pronto, un simple medio de divertirse, en lo cual hay que entender a veces un medio de satisfacer inclinaciones menos confesables: esto son «para según qué clase de muchachos que sólo piensan en aprovecharse de ellas» (quince años).

### III.—ÉTICA DE ESTAS RELACIONES.

Veamos ahora algunos considerandos de tipo ético que estas relaciones plantean. Les damos mucha significación porque tocan también en el punto más delicado de la educación del jovencito: su formación personal y moral. En términos generales, se trata de si debe o no debe recomendarse el trato asiduo con chicas, de cómo debe hacerse, de su finalidad.

Admitamos ya desde el principio que en lo de aprobar esas relaciones puede haber razones tanto en pro como en contra, pues todo depende del modo cómo se tengan y de los móviles que entren en juego: «A los chicos cabales les sirve para ser mejores, y para los chicos gamberros les sirve para ser peores» (dieciséis años). Dada esta doble posibilidad, veamos las ventajas y luego los inconvenientes de frecuentar el trato con chicas. Lo haremos refiriéndonos a las experiencias que nos han expresado nuestros muchachos, y sin olvidar el ambiente en que han tenido lugar.

#### A) VENTAJAS.

Que del contacto con el otro sexo *puede* resultar beneficioso para el muchacho, lo consideramos incuestionable. Que *suele* serlo, esto ya nos parece mucho menos seguro.

---

(13) Eso mismo es lo que sentirá Peter, pero a la edad de diecisiete años y medio, y no antes, con respecto a Anne Frank. Cf. su famoso Diario *Las habitaciones de atrás*, Barcelona, Ed. Garbo, 1955, p. 154.

Dicho contacto es ventajoso siempre que se tenga en condiciones ideales; es decir, lo es *en teoría*. Pero lo que ocurre demasiadas veces es que sus ventajas no sólo se malogran, sino que son sustituidas por los peores inconvenientes.

Ya nos ocuparemos de ellos, mas sirva por el momento su mención para ponernos en guardia y reconocer que lo más procedente es, desde luego, una actitud de cautela. Esta es también la que recomienda la Iglesia; su magisterio y su pastoral tienen la suficiente experiencia, el debido conocimiento de la naturaleza humana y un sentido lo bastante realista como para no hacer suyo todo el optimismo de algunos educadores respecto a las ventajas del trato entre chicos y chicas. No es que se nieguen; sólo se niega que tales ventajas puedan tomarse como *principio* en que basar un sistema de educación (14). Y es que, *de hecho*, el trato poco discriminado entre jovencitos de ambos sexos difícilmente se mantendrá dentro de unas condiciones ideales.

Pero lo que no se da siempre puede darse en algunos casos, y entonces cabe esperar que el chico salga incluso beneficiado de sus relaciones con las muchachas (15).

Con esta premisa puede abogarse por ellas. Lo que habrá que evitar es tan sólo el exceso o la obsesión, o el modo inconveniente, pero no esta experiencia que dilata las posibilidades del niño al hacerle conocer los repliegues del alma femenina, formándole para una mayor comprensión y adaptación. («Me ha gustado muchas veces saber cómo piensa ella», escribe uno de trece años).

#### a) Ventajas para la formación del carácter.

Un fruto que para el chico representa el trato con la chica es que éste educa su sensibilidad (si trata con chicas de veras femeninas), y le corrige su brusquedad y algunas descortesías, como las del lenguaje (16).

(14) Cf. Pío XI, *Divini illius Magistri*, 42, y GONZALVO, GONZALO, *La coeducación de los sexos*, «Bordón», 75, p. 201, 1958. Que la coeducación favorece entre ambos sexos unas relaciones a veces llenas de intención es innegable: Cf. el citado Diario de Anne Frank, pp. 10 v 13-15.

(15) No puede interesar mucho sobre este punto la opinión del director de Ediciones Juveniles PPC y de Revista de Pastoral Juvenil: «Sobre el tema, la opinión general parece poder decirse con el binomio «chica-pecado». Parece creerse que las chicas son un peligro para ellos. Creo, sin embargo, que la influencia de las chicas sobre los chicos de Enseñanza Media es más beneficiosa que dañina. Esto mientras ellas sean de los mismos ambientes que ellos. La peor influencia la recibe el chico de los de su sexo. En el trato con ellas suele ser cortés, a lo más superficial, pero raramente lanzado por caminos tortuosos». INIESTA, E., *l. c.*, p. 272. Dice uno de nuestros chicos que las chicas «no es ningún peligro, sobre todo para mí; al contrario, me son favorables» (quince años).

(16) Obsérvense tales efectos en esta escena de *Edad prohibida*, de LUCA DE TENA, o. c., p. 67: «Los chicos aquéllos, y Enrique más que ninguno, parecían «amaestrados» en presencia de las niñas. Junto a ellas no eran tan escandalosos ni tan extremosos, ni tan salvajes como cuando estaban solos. Al contrario, parecían comedidos, discretos y hasta galantes. Todos se pusieron en pie para dar la mano a Celia, y cuando a otra de las chicas se le cayó un pañuelo, tres muchachos se precipitaron a recogerlo.»

También Peter se muestra muy atento y cortés con Anne Frank (Diario, o. c., página 127); en cambio, un año y medio antes Anne escribía de él: «Les dije también que Peter me parecía algo apocado, como suele ocurrirles a todos los muchachos que no han tratado a muchas chicas» (p. 29).

Vimos ya que algunos chicos aprecian las fiestas con amigas porque, según ellos, esto «quita la timidez», y «así se entra en la vida social».

En todo caso, mejor que el muchacho empiece a conocerlas pronto; «creo que, si se trata desde pequeño, cuando sea grande no me espantarán y me parecerán alguien más de la familia», dice uno de trece años, en una exacta intuición de esta verdad: «Al niño que no tiene hermanas le falta el pulimento que el matiz de la crítica femenina procura al hombre. [...] Al llegar a la adolescencia y a la juventud, la convivencia con el otro sexo en el juego, el deporte y el estudio, es más difícil para aquel que de pequeño vivió sin niñas en su proximidad» (17). Hablando de sí puede ser un peligro el trato con chicas, dice también uno de catorce años: «Pues pienso que para mí no, porque tengo cinco hermanas y ya estoy acostumbrado; pero para otro que no esté en mi lugar, sí.» Igualmente es muy correcto lo de cuatro chicos que se relacionan, dicen, «con las amigas de mis hermanas», o «con las hermanas de mis amigos».

El muchacho que así se haya formado tendrá, sin duda, de la mujer un concepto a la vez justo y elevado, que resistirá a la tendencia a minimizarlo propia del chico en la etapa autista de su adolescencia. Alguno hasta se expresa así: «Nunca he bailado; lo tengo como una falta de respeto a ella» (quince años). Magnífica es esta actitud, pues «la chica se sentirá inmensamente agradecida al muchacho por la delicada deferencia de que le hace objeto al tratarla con ese respeto y aprecio» (18).

#### b) *Ventajas éticas.*

En algunos casos, se hace de la muchacha admirada un ideal por el que uno se esfuerza en mejorarse y hacerse digno de ella (19). No es que esto sea en el muchacho muy frecuente, pero, si se da, resulta un estímulo apreciable, como dice éste de catorce años, para quien una chica ha de representar «no una distracción, sino para poner más empeño en el estudio, para poderle dar más tarde un hogar feliz». Para otros representan «un anhelo», «un estímulo para prepararme a ser hombre», porque «dan un poco de ánimo».

(17) MORAGAS, J. DE, *Psicología del niño y del adolescente*, o. c., p. 155. Y lo mismo afirma JUAN TUSQUETS, *Revisión de la Pedagogía familiar*, Madrid, C. S. I. C., 1958: «Los hermanos y hermanas influyen decisivamente en desenvolver el sentido de colaboración y comprensión mutuas y de noble emulación en el servicio y suavizan y dignifican el «encuentro» con el otro sexo» (p. 62); «los chicos aprenden existencialmente cómo hay que tratar a las chicas y viceversa, punto esencial para la Pedagogía del fin familiar» (p. 68).

(18) WALLENSTEIN, A., o. c., p. 260.

(19) Tal sucede, por ejemplo, con Thierry, el protagonista de la novela de JEAN MARIE DE BUCK, *Dios hablará esta noche*, 3.<sup>a</sup> ed., Madrid, E. P. E. S. A., 1957. Llega incluso a sacrificar sus relaciones con Renée, aplazándolas para más tarde, porque lo que a su edad le urge es entregarse de lleno a su formación (pp. 205-222).

c) *Ventajas para las buenas costumbres.*

El influjo bienhechor de un trato correcto con las muchachas puede hacerse sentir incluso en la vida moral del jovencito.

Ciertamente es en este terreno donde dicho trato suele representar notables peligros; pero no por esto queda excluida la posibilidad contraria. Parece ésta indudable, no sea más que por un efecto tonificador que puede ejercer la muchacha sobre la sensibilidad del chico; o por la elevación de ideales que le suscita la amistad, hecha de simpatía y de reserva, que puede encontrar en una amiga. No es insólito el caso de un chico de catorce años que, refiriéndose a ella, dice: «Me ayuda a ser bueno.»

En algunos casos concretos, por lo menos, el hecho es muy cierto. El trato con buenas amigas a las veces ha sido para el chico una solución para superar algunas dificultades de orden moral que provienen de un excesivo encerramiento en sí mismo (20). Dice uno de nuestros jovencitos: «Cuando se frecuenta el trato con ellas, a veces eres más casto pensando en aquella chica que te cayó en gracia» (quince años).

Son bastantes los chicos tímidos y retraídos que revierten sobre sí mismos su instintividad: aparentemente no tienen conflictos morales, pero es que los viven en su intimidad, y generalmente en una proporción insospechada. Y es muy posible que tan pronto hayan abierto su personalidad a un interés práctico por el otro sexo, hayan roto al mismo tiempo con ello esa necesidad malsana de autosatisfacción.

Lo propio pasaría a los muchachos que pueden sentirse impulsados al autoerotismo por diversas circunstancias ambientales. Tal vez sea una de las más frecuentes el régimen de internado, ya que el aislamiento que supone del mundo exterior puede originar o favorecer el narcisismo, y hasta la aparición de alguna anormalidad sexual. Y eso en internados tanto de chicos como de chicas (21).

(20) MORAGAS, J. DE, «La chica para el chico, el muchacho para la muchacha, son los estímulos más fuertes que pueden sacarlos del narcisismo [...]. El temido bisexualismo puede ser la escuela de la más alta moral; por dos o tres casos que pueda darnos de desviación erótica bisexual, nos libra de centenares de casos de desviaciones eróticas unisexuales, infinitamente peores por las consecuencias que, a la larga, pueden tener para la personalidad total de cada niño [...]. Maestros, objetivamente observadores, han descubierto muchos más casos de masturbación en las escuelas unisexuales que en las bisexuales». *Evolución sexual de l'infant*, Barcelona, «Monografies Mediques», 85, p. 40, 1935. Esto mismo es lo que escribe Monseñor STRENG, obispo de Basilea: «Un consejo que merece atención es el de Fraenkl, quien dice que los jóvenes que sienten el influjo del instinto sexual deberían tener más relación social con muchachas, y, si es posible, hasta llegar a enamorarse de una de ellas. Con esto se conseguiría trasladarles del mundo de lo sexual al de lo erótico, que no aparece, en esta edad, acompañado por ningún deseo sexual, y de este modo los jóvenes se olvidarían por completo de la masturbación». HORNSTEIN-FALLER-STRENG, *Tu vida conyugal (Vida sexual sana)*, 5.ª ed., Madrid-Barcelona, Ed. Daimon, 1955, página 192.

(21) Quizá todos los que tienen alguna experiencia de tales centros podrían confirmar la verdad de lo que decimos con algún triste episodio sacado de la realidad. Sin embargo, nos bastará apelar aquí al testimonio de la novela.

La obra de ROGER PEYREFITTE, *Les amitiés particulières* (París, Flammarion, éd., 1945) presenta la vida de unos muchachos en un internado «cerrado» como los de hace medio siglo. El argumento gira todo alrededor de la desviación afectiva con que se sienten atraídos dos chicos de catorce y doce años. El mayor, Georges de

El peligro es más lejano, cierto, cuanto más sabio y psicológico sea el modo de llevar el pensionado. Hay que procurar a los internos una forma de vida lo más «abierta» posible, y evitar en el internado cuanto tienda a hacerles replegar demasiado sobre sí mismos todas sus vivencias o tendencias. Y probablemente entre los medios más expeditivos para conseguir estos objetivos habrá que mencionar el trato con el otro sexo. Así opina también Juan Tusquets (22). Claro que la solución no puede proponerse de un modo general, como sistema; y eso por algo más que por el son estridente que causaría en nuestros actuales medios educativos. Pero quede aquí consignada, y justificada por las razones expuestas.

#### B) INCONVENIENTES.

Las anteriores ventajas, muy dignas de ser tenidas en cuenta, de hecho cuentan poco en las relaciones entre niños ricos. Hemos insistido en ellas más bien con un propósito educativo, presentándolas como paradigma, según el cual habrán de ser encauzadas estas relaciones. Sus inconvenientes, en cambio, pueden ser notables, como vamos a tener ocasión de ver.

##### a) *Para una buena formación del carácter.*

Es evidente que la virilidad del chico se forma en el trato y roce con sus compañeros, en la superación de las dificultades que entre ellos surgen, en el deporte y en el esfuerzo de cualquier clase; todo esto contribuye a desarrollar en él una personalidad recia para la lucha por la vida. En cambio, el trato asiduo de las muchachas—nadie más poco viril que un donjuán—hace a nuestros jovencitos blandengues y amanerados, asimilándose de ellas sus defectos y no sus cualidades (23).

También puede que les ocasione una desgana por el esfuerzo; y así no es extraño que varios se quejen de que las chicas les son un estorbo

---

Sarre, escribe en una ocasión en un billetecito que entrega a Alexandre, el menor: «Sache-le, si tu voulais l'ignorer encore: notre amitié s'appelle l'amour» (p. 413). El fenómeno se observa un poco general en el ambiente; se menciona también otro caso análogo, en el que es precisamente este «amor» el que hace desaparecer en Lucien el interés natural que antes tenía por las chicas (p. 80).

(22) En su Revisión de la *Pedagogía familiar*, o. c., p. 110, luego de recordar las normas de la Iglesia sobre las relaciones entre chicos y chicas, dice algo que cabe muy bien aplicarlo a los internados: «No sólo es temible el trato prematuro o excesivo con jóvenes de otro sexo; lo es muchas veces también la intimidad ardorosa con jóvenes del mismo sexo, o con adultos o adultas sensibleros o poco escrupulosos. Mas, por eso mismo, y porque nada está más lejos de los principios de la Iglesia que el intento de formar misóginos, recomienda que los padres faciliten a sus hijos el trato graduado y decoroso con jóvenes de otro sexo que parezcan dotados de las cualidades deseables para elegir consorte.» Pero donde aparece del todo explícito el pensamiento del autor es en la página 74, al comentar el tipo de internado de *l'École des Roches*; afirma que ha dado a su sistema educativo «un sabio enfoque», sobre todo por establecer un ambiente de hogar que supera el aislamiento de los internos, «evita los peligros de la coeducación y no renuncia a las ventajas de un trato progresivo y vigilado entre ambos sexos».

(23) Véanse estas líneas de una carta que E. (quince años) escribió a un compañero (9-VII-1958), hablando de una chica: «Me manda cada carta que es la pera; está llena de «carfifito, cielin, etc.», y ya le he mandado tres fotos mías a su petición [...]. Ayer por la noche me quedé hablando con Susi hasta las doce y media.»

para el estudio; para mí, una chica «representa el bolsillo y pocas ganas de estudiar» (quince años). Allá se ven, durante los recreos escolares, esos grupitos de «parados» hablando de sus amigas, de las gracias y desvergüenzas de las estrellas del cine, o leyendo y comentando el último número de «Pepe-Cola», «PZ» o «Sissi» (revista femenina); y es evidente que el pensamiento en tales temas se prolonga más allá de los tiempos de recreo.

b) *Inconvenientes éticos.*

El exceso de relaciones, junto con un desviado enfoque de ellas, será muy pernicioso para el momento de la vida que la naturaleza ha destinado al florecimiento del amor. El exceso comprometerá la plenitud de su manifestación; el mal enfoque dificultará un concepto justo y cristiano del amor.

Nuestros muchachos, hemos visto, se aficionan demasiado a este tipo de diversión: para mí una chica ha de ser, «pues, media vida; con esta palabra resumo muchas» (catorce años); para mí es «una diversión y unas noches de insomnio» (trece años). El resultado que de esto puede preverse será, a la larga, un anticipado desencanto del arquetipo femenino: llega uno a cansarse de todo, y se acaba de tener hastio de lo que la demasiada frecuencia ha convertido en vulgar; con lo cual queda sólo por delante una juventud sin auténticas ilusiones.

Por otra parte, el trato con chicas suele estar mal enfocado: lo que más se busca no es una relación abierta a todo lo que pueda engrandecer a la persona, sino cerrada con vistas tan sólo a una egoísta satisfacción («para aprovecharme», escribe uno de trece años). Esto empequeñece al muchacho, porque cierra su alma para la entrada del verdadero amor, que le será más difícil de comprender (24). Este mal enfoque también rebaja la dignidad de la mujer al no ser considerada más que como una diversión, un juguete, un mero instrumento de placer. He aquí unas consecuencias de estas relaciones tan asiduas como estériles a que se abandonan tantos jovencitos llenos de dinero y ociosidad.

c) *Inconvenientes para las buenas costumbres.*

Parece que a menudo se carguen las tintas al tratar este tema; más de una vez a este respecto hemos oído a los chicos quejarse del apriorismo con que zanján esta cuestión los que tienen misión de dirigirles (25).

(24) Ya que «amar a una persona exclusivamente por las satisfacciones que nos procura, sin preocuparse lo más mínimo de proporcionárselas también a ella, no es amarla, sino simplemente amarse a sí mismo». GILLET, P., O. P., *La educación del corazón*, Buenos Aires, DEDEBEC, Ed. Desclée, de Brouwer, 1945, p. 16. Cf. también THIBON, GUSTAVE, *Sobre el amor humano*, Madrid, Ed. Patmos, 1953, p. 172.

(25) Así se exclama, por ejemplo, Anne Frank en su Diario, o. c., p. 154: «Por todas partes oigo comentarios sobre las amistades repentinas, pero no hacemos caso de tanta palabrería paterna. ¡Sus observaciones son tan débiles! Parece que las dos parejas de padres hayan olvidado su propia juventud. Siempre nos toman en serio cuando bromeamos, y si hablamos seriamente se rien de nosotros.»

Por eso, para que cuanto digamos pueda resistir a toda crítica, vamos a fundamentarlo tan sólo sobre una base empírica: que nos hablen los chicos mismos sobre su experiencia.

Ya vimos que para algunos «no, ni mucho menos hay peligro; sólo personas ya degeneradas o imbéciles pueden tomar en esto una ocasión para el mal; las chicas no son, o al menos no deberían ser, más que nuestras hermanas más íntimas» (catorce años); «para mí nunca hay peligro, porque veo un amigo en ellas» (quince años). Así lo ven el 25,5 por 100 de nuestros chicos (26).

Pero todos los demás están contestes en reconocer—y bien lo sabrán ellos—que las relaciones con chicas les representan *un peligro positivo*: «Vamos a excursiones, al cine, bailamos, soltero y sin compromiso. Puede ser un grave peligro y es un peligro muy grande» (catorce años); «muchas de estas reuniones con muchachas para mi edad creo que sobran bastantes; muchas veces las cosas terminan mal» (dieciséis años). Hay un 31,6 por 100 de chicos, casi todos de catorce-quince años, que reconocen un peligro dependiente «de las personas, de cómo te lo tomes, de cómo se hace». Evidentemente lo habrá siempre que el muchacho se exceda en la forma de estas relaciones—como es el caso, según nos consta, de bastantes—, y en particular cuando las tenga demasiado personales, sentimentales, aisladas, muy frecuentes, etc. (27). En el ambiente del niño rico no es raro que el peligro pueda ser grave (el 7,5 por 100 de los chicos lo dicen expresamente).

La *causa* principal está en las malas inclinaciones que a veces los chicos no dominan. Las relaciones con compañeras, dicen, «puede ser un gran peligro si se hace con malicia» (catorce años); son «más bien peligrosas, por mis deseos e imaginación» (catorce años); «el peor peligro que conozco, porque de poco a poco... se llega a la indecencia» (trece años). Por desgracia, más de uno lo franquea: «Mis relaciones con chicas consisten en hablar de cosas verdes si lo aceptan» (trece años); una chica ha de representar en mi vida actual «una diversión pecaminosa» (trece años) (28).

A veces habrá que cargar en las chicas, y con motivo, la responsabilidad del peligro: En el baile, «a veces las peligrosas son las chicas, por-

(26) En el Diario de Anne Frank hallamos también un ejemplo de este modo de verse y tratarse ellos y ellas. Muchas veces porque el hecho es intrascendente: «Con todos mis amigos me ocurre lo mismo: bromeamos, nos divertimos y nada más. Nunca puedo decidirme a hablar con ellos más que de cosas sin importancia. Nunca llegamos a intimar» (p. 8). Claro que más tarde ya no pasará lo mismo, y Peter gustará de confiar sus cuitas a Anne (p. 126), llegando incluso las conversaciones de ambos a temas de verdadera intimidad (p. 148). Pero aparecen siempre estas relaciones inspiradas en la más pura amistad, lo cual llega a hacer posible que incluso ciertos temas más delicados puedan ser tratados entre ellos con toda naturalidad y dignidad (p. 118). Lo cual motiva la alegría no menos que la confianza de Anne: «Somos muy buenos amigos, pasamos muchos ratos juntos y discutimos todas las cosas imaginables. Es muy agradable no tener que ponerse inmediatamente en guardia—como ocurre con los demás chicos—en cuanto se pisa un terreno peligroso» (p. 159).

(27) Para tener una idea clara de los distintos peligros a que nos referimos, confróntese VIOLLET, JEAN, *Relaciones entre adolescentes*, Zalla, Edic. Paulinas, 1959, páginas 60-108.

(28) Lamentamos, aquí y en otros lugares, no poder citar otros significativos testimonios de que disponemos, a veces para no alargarnos y a veces por su crudeza de expresión.

que se te cuelgan encima tuyo» (catorce años). «Hay chicas muy desenvueltas y demasiado, pero hay otras (educadas en internados de monjas) que, la verdad, son algo tontas (tontas refiriéndose a que no se desenvuelven bien en estos asuntos)» (catorce años). «Las chicas, generalmente, pienso que no son tal como Dios manda, si bien algunas son muy buenas. Pero sueñan demasiado con los hombres. Otras son peligrosas» (quince años).

Finalmente, la raíz del peligro reside a veces en algunas circunstancias, como la poca vigilancia de los padres que dejan a los hijos en una libertad incontrolada; como decía J. (catorce años), «muchos domingos hacemos fiestas en mi casa; allí pasamos la tarde quince o veinte chicos y chicas solos, pues mis padres se van por las suyas». De estas fiestas, escribe uno de trece años, «opino que es muy bueno, siempre que los chicos y chicas no tengan malas intenciones... como apagar las luces» (29).

El trato que se den unos a otros ha de ser en grupo; no conviene aislarse: «puede ser un gran peligro en la moral si vas tú solo con una chica; en cambio, si vais muchos, no» (quince años) (30). Y este trato ha de ser también discreto; debe el jovencito no jugar con su corazón y refrenar la ternura, cortar, cuando se concentra en una chica determinada: «creo que no es ningún peligro moral si no se tiene un trato demasiado íntimo» (trece años).

Cerramos este apartado con una consideración especial sobre el *baile*. Y nos encontramos que aquí apenas si cabe discusión. Mientras el 18 por 100 de chicos dicen que no es peligroso (unos porque no han bailado, otros dicen que «puede vencerse»), la mayoría (28,6 por 100) dicen que es «grave», o «bastante», y otros (24,8 por 100) hablan de un peligro que es función «del temperamento, de la intención, de cómo se baila, de la clase de baile, de la chica».

Debemos reconocer que el baile suele ser pésimo para la integridad moral de nuestros chicos; he aquí un punto en que debe intervenir nuestra acción educativa, pues da pena ver cómo se entregan a esta afición cuando, por otra parte, hacen unas confesiones como éstas: El baile «es bastante peligroso para pensamientos y acciones» (quince años). «Muchísimo peligro moralmente y, si no tienes una conciencia recta, das un paso hacia el pecado» (catorce años). Es «peligro moral grandioso. ¿Quién puede resistir estas tentaciones?» (trece años). «Si se va a buscar algo, se encuentra. Como peligro moral es estupendo» (catorce años), «porque a veces uno se emociona y...» (catorce años).

(29) Si en lugar de referir nuestro problema chicos-chicas fundamentalmente a las edades de trece-catorce años, dedicáramos este estudio al mismo problema en los adolescentes propiamente dichos, serían de veras impresionantes los datos que podrían aducirse relativos a estas ideas que nos ocupan. Cf., por ejemplo, *Edad prohibida*, de LUCA DE TENA, o. c., en su libro segundo, pp. 135-147, etc.

(30) SÁNCHEZ GIL, MARIANO, S. J., «Más que concentrar la atención en la inmoralidad de la amistad individual, procedamos a cultivar el interés por el trato en pandilla. Esto es lo que más se agradece: Que no tanto nos limitemos a negar situaciones, cuanto a ofrecer soluciones». *Las amistades entre chicos y chicas*, Hechos y Dichos, Zaragoza, 241, p. 616, 1955.

## IV.—CONCLUSIONES PEDAGÓGICAS.

Para la mayoría de chicos de la clase social media es muy probable que el problema de sus relaciones con las chicas, a la edad a que nos referimos, sea más atenuado; son muchos los aspectos de su vida, y sin duda éste será uno de ellos, que se desenvuelven en unas condiciones ideales para una educación personal normal y equilibrada. Tal vez no suceda lo mismo en algunas capas de la clase más humilde o en determinadas poblaciones, donde las buenas costumbres pueden ser más o menos deficientes. Pero tocante a la clase rica, hemos visto claramente cómo para la mayoría de los muchachos se impone plantear la cuestión de las chicas en términos bien explícitos, para que puedan ser orientados en ella de un modo pertinente.

Dicho de otro modo: sus relaciones con ellas no son como deberían. Hemos visto que son prematuras, hijas del ambiente social más que del interés natural, mantenidas a veces como si fueran un punto más del ritual de vida de niño rico; con todo lo cual ya no hace falta insistir en que son excesivas y además artificiosas, amaneradas.

Es evidente que una acertada educación ha de evitar ese estado de cosas, que supone para el muchacho unas funestas consecuencias de orden sicocaracterológico. Su recta formación queda comprometida en los aspectos que en varios lugares ya hemos ido señalando, por lo que debe procurarse que no frecuente el otro sexo más de lo conveniente.

Aunque el problema más urgente que ello puede plantear al chico es el de orden moral. La solución es delicada, pues si en este punto no hay que ser roussonianos con un optimismo moral que raye con la imprudencia y el peligro, tampoco hay que profesar un jansenismo que no vea más que mal en todas partes, sin sombra de bien.

Lo más probable es que aquí, como tantas veces, la posición justa está lejos de ambos extremos; no caigamos, por tanto, en ninguno de ellos. Aunque lo más prudente será no perder nunca de vista el segundo, dado que el peligro está siempre al menos latente, como consecuencia de la concupiscencia y de la débil voluntad del jovencito. Es decir: no por sus posibles ventajas las relaciones con las muchachas han de aconsejarse *de un modo general*, sino que la norma más adecuada en este caso será siempre *una prudente reserva* (31).

De todos modos, el principal factor que determina las repercusiones morales y hasta caracterológicas de las relaciones con muchachas es la forma en que se tengan. En consecuencia, cuando haya garantías de que puedan desarrollarse con toda normalidad, de un modo natural y como en familia, a la vista de los padres, bueno será que se cultiven un poco, y en particular a medida que la edad parezca reclamarlo (32).

(31) De un modo insistente y fundamentado la recomienda el doctor LAUREANO CASTÁN, obispo auxiliar de Tarragona, *¡Padres, educad!*, Madrid, Sociedad de Educación «Athenas», S. A., 1959, p. 209.

(32) SCHILGEN, HARDY, S. J., «A nada conducen el rigor extremado y la visible inquietud de algunos, que prohíben en absoluto cualquier trato de los jóvenes de ambos sexos. Por el contrario, es mucho más acertado y ventajoso el escoger determi-

Entre las formas defectuosas que conviene evitar hacemos mención especial del baile, que, por ser para muchachos impropio e inconveniente en todo sentido, sólo puede ser calificado para ellos de costumbre abusiva.

#### ACTITUD DE LOS PADRES.

Ante problemas importantes del chico, como es el nuestro, no es posible ni lícito el cruzarse de brazos, y menos por parte de sus padres, pues se trata de una cuestión de género típicamente familiar. Por lo mismo, al considerar todo cuanto antecede surge el interés o, cuando menos, la curiosidad de conocer también la actitud que ante ello adoptan los padres.

Si es que puede hablarse de «actitud»; pues cuando el 39,8 por 100 de nuestros jovencitos afirman: «No me dicen nada, me dejan», o como varios otros se expresan: «Me hacen broma, me toman el pelo», no puede hablarse más que de deserción de un deber en la formación del hijo. Nada extraño que luego se sigan desagradables resultados. Peor todavía los que dicen: «Me las favorecen, me animan a salir con ellas», y eso sin más. Seguro que influye en esta actitud paterna, demasiado atenta en ir a la cabeza de todos los snobismos, la costumbre americana del «go steady», muy censurable por cierto.

Tampoco faltan, naturalmente, los padres conscientes cuyos hijos pueden afirmar: «Me dan algunos avisos, me ponen condiciones, me controlan; les gusta poco, no me dejan.» Pero esto sólo pasa en el 32,3 por 100 de los casos; y en los demás, ¿qué? Se pierden los padres la mejor ocasión para formar el corazón de su hijo y, con la «gracia» que les hacen sus aires de hombrecito, lo dejan solo frente a las dificultades.

Y, no obstante, el hijo espera más de ellos. Se encuentra en situaciones críticas, y está ávido de luz que le señale el camino y de calor que le dé aliento para andarlo. Necesita del consejo amistoso del padre y de la exhortación afectuosa de la madre. En cada nueva experiencia de su infancia, adolescencia y juventud. En su encuentro y relación con el otro sexo. Y cuantos padres lamentan que su hijo les rehuye o les cierra su corazón, o tal vez sospechan que deja el recto camino, pregúntense si no será porque no han sabido o no han intentado asistirle en sus problemas.

JOSÉ MARÍA QUINTANA CABANAS, F. S. C.

Licenciado en Pedagogía.

---

nadas ocasiones para que se conozcan y se expansionen. Así se logra dar desahogo legítimo al atractivo mutuo que sienten los jóvenes, al paso que con la separación rigurosa no se hace más que estimularlo». *Normas morales de educación sexual*, 3.ª ed., Madrid, Ed. FAX, 1946, p. 103.

INIESTA, E., «Hemos de plantear el problema de que la amistad entre chicos y chicas no tiene por qué orientarse hacia el amor necesariamente. Es preciso que lleguen al mutuo tratarse normal, ventilado, despreocupado, natural. Y con todas estas cualidades hemos de conducirnos nosotros. Vigilar, pero no tornarnos inquisidores que por todas esquinas otean el sexo. Veremos desbordados por el próximo futuro todos nuestros criterios exageradamente rigoristas y desconfiados.

Resulta ridículo que ellos y ellas se traten en piscinas, bares, cines, clubs y paseos mientras donde podría su amistad hacerse útil, conservarse hermosa, mantenerse fecunda—los ambientes católicos abiertamente tales—cierran sus puertas, ignorando esta mutua fácil moderna relación». *L. c.*, p. 272. Cf. VIOLLET, JEAN, o. c., página 74.